

sea intolerable cosa el fuego del infierno; pero que ni mil fuegos de infierno son tan grande mal como ser desechado y privado de aquella bienaventuranza gloriosa, y ser aborrecido de Cristo, y oír de su boca aquella terrible palabra: *No os conozco*.

Mas sobre todas estas penas los atormenta gravísimamente la representación de la eternidad destas penas. Porque considerando ellos el espacio que han de durar, representales allí cuasi de una vista toda la eternidad en que han de penar, y esto sin término, sin alivio, sin declinación, sin mudanza, sin esperanza de perdón, ni de penitencia, ni de misericordia, ni de apelación, ni de algún otro refrigerio que les pueda sobrevenir (sino que en aquel mismo estado en que las penas comenzaron, han de permanecer para siempre); cuando esto consideran, y vuelven los ojos á mirar la brevedad de los deleites pasados, por los cuales padescen agora tan esquivos dolores, y miran también con cuán pequeños trabajos pudieran escapar de tan terribles tormentos; cuando todo esto consideran (lo cual nunca dejan de considerar) es tan grande el furor, y el despecho, y la rabia que conciben contra sí mismos, y contra quien á tales penas los condenó, que ninguna otra cosa hacen perpetuamente sino blasfemar del cielo, y de la tierra, y de todos los santos; y estos son los cantares, estos los salmos que se cantan en aquella capilla infernal perpetuamente. Y sin dubda aunque otra pena no hubiese en aquel malaventurado lugar sino esta (que es estar haciendo este tan triste oficio sin cesar), solo esto habia de bastar para hacer temblar á los hombres por no cometer cosas, por donde mereciesen ser condenados á lugar donde tales canciones se cantan.

Esta pues decimos que es la práctica de la fe, cuando aquello que creemos así á bulto, lo descogemos y desplegamos para ver lo que debajo de una breve palabra se comprehende; porque así entendamos el precio y el peso de las cosas que creemos, y conforme á esto conocamos la importancia del negocio de nuestra salvación, y enderecemos á ella todos los pasos de nuestras vidas. Porque no haciendo esto, sino teniendo la fe en solo el entendimiento (como quien tiene la medicina al canto de una arca), no solo no aprovecha para nuestra salvación, mas ántes será para acrescentamiento de nuestra condenación, como dice el Salvador, hablando del siervo malo que sabe la voluntad de su señor, y no la pone por obra (i).

Estos y otros excelentes frutos se siguen de la fe cuando está encendida y perfeccionada con la caridad, y con los dones del Espíritu Sancto, de que al principio hecimos mencion. Para cuya confirmación y declaración sirve toda esta escriptura, leída con humilde y devoto corazón.

Mas aquí advierto una y muchas veces que todo esto no basta para hacernos crecer en la fe, si no se junta con ello una muy especial lumbre del Espíritu Sancto, que imprime la verdad de todas estas cosas susodichas

(i) Luc. 12.

en nuestros corazones. Porque como la fe sea don de Dios, y una lumbre sobrenatural que él infunde en nuestros entendimientos, con que nos inclina á abrazar esta verdad con toda firmeza y certidumbre; si él faltare en esto, ni todas las consideraciones susodichas, ni otras muchas mas bastarán para causar en nuestra ánima esta firmeza. Y por esto debe la persona despues que esta doctrina hubiere leído, suplicar á nuestro Señor con toda humildad y confianza, que él imprima y asiente todas estas consideraciones en lo íntimo de su corazón, y le aclare la verdad y fuerza que ellas tienen. Y si esta petición continuare, gozará de todos los frutos de la fe que arriba propusimos, y señaladamente de aquel admirable gozo que el Apóstol deseaba á los romanos, cuando decía (k): Dios nuestro Señor, que es el autor y el objeto de la esperanza, os conceda que de tal manera creáis, que vuestra ánima sea llena de alegría y de paz; para que así crezcáis en la esperanza y en la virtud del Espíritu Sancto.

Asimismo continuando esta lición y oración, verá con cuánta razón dicen los teólogos (según arriba dijimos) que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes; pero que es cosa evidente que deben ser firmemente creídos. Porque todas estas cosas juntas que en esta segunda parte habemos tratado, hacen una como demostración desta verdad, por el concurso y correspondencia de todas las cosas que con ella concuerdan; aunque es cierto que los milagros, y el testimonio de las profecías bastan por sí solos para confirmación desta verdad.

Y por aquí también verá cuánta razón tuvo Ricardo de Sant Víctor para decir: Pluguiése á Dios que considerasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad de consciencia en esta parte nos podríamos presentar en el juicio divino. Por ventura no podríamos decir á Dios con toda confianza: Señor, si en esto que creemos hay error, ¿vos nos engañastes? Porque han sido confirmadas las cosas que creemos con tantas señales y prodigios, y con tales cosas, que otro que vos no las pudiera hacer. Y ciertamente ellas nos han sido enseñadas por varones de summa virtud y sanctidad, y probadas con tantas autoridades, siendo vos el que obráades juntamente con ellos, y confirmáades sus palabras con los milagros que en testimonio dellas se hacían. Esto dice Ricardo. Lo cual todo sentirá el que (como está dicho) juntare la oración con esta lición; y entonces gozará de los frutos inestimables de la fe, y dará gracias al Señor que infundió en su ánima esta lumbre celestial. Y así le suplicaré siempre que la acreciente y esclarezca con los dones del Espíritu Sancto, para que él le guíe derechamente por los caminos ásperos y peligrosos desta vida, hasta llevarlo al puerto seguro de la salud: donde á la fe oscura se dará en premio la clara visión, y á la esperanza la posesión, y á la caridad la fruición y gozo del summo bien, que es el mismo Dios; el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

(k) Rom. 15.

## TRATADO TERCERO DESTE SUMMARIO,

EN EL CUAL SE TRATA DEL MISTERIO INEFABLE DE NUESTRA REDEMPCION.

### CAPITULO PRIMERO.

De la disposición que se requiere para tratar deste misterio.

Cuando Moisen viendo arder la zarza y no quemarse, quiso llegarse á ver esta maravilla, díjole Dios que se quitase los zapatos, porque el lugar en que estaba era tierra sancta (a). Esto mismo deben hacer los que se llegan á mirar á Dios en la zarza humilde de nuestra humanidad, y entre las espigas de sus llagas y dolores. Porque para contemplar este misterio tan alto y tan levantado sobre toda nuestra razón, es necesario que despida el hombre de sí todo lo humano; que son todas las faltas, flaquezas y aficiones humanas, para que con mayor pureza de su ánima pueda contemplar este misterio; y junto con esto todos los juicios, y pareceres, y reglas de la prudencia humana. Porque querer medir las obras de Dios con la vara de la razón con que medimos nuestras obras, mayormente esta de nuestra redempción, que es obra de su infinita bondad y caridad, con la bondad y caridad que se halla en los hombres, por muy perfectos y santos que fuesen, sería gran desatino. Porque eso sería apocar y abatir las obras de aquella infinita grandeza, igualándolas con las de nuestra pequeñez; pues nos consta que como su sér excede infinitivamente nuestro sér, así las obras de su grandeza exceden con la misma ventaja las nuestras. Y así no puede haber mayor yerro que querer el hombre juzgar y sacar á Dios por lo que ve en sí. Pues estos son los zapatos que ha de descalzar el hombre; estas las humanidades que ha de despedir de sí, cuando quisiere levantar los ojos á considerar las obras de aquella soberana bondad y caridad que en este misterio resplandescen.

Y descalzados estos zapatos, vaya con fe, y humildad, y devoción á contemplar á Dios en esta zarza, pidiendo á aquel que es padre de las lumbres, que le envíe un rayo de luz para ver algo de las grandezas y riquezas que en este misterio están encerradas. Porque puede tener por cierto que hay tanta diferencia de lo que el hombre alcanza por su propio discurso, á lo que alcanza con especial lumbre y tocamiento de Dios, como la que hay de las obras del hombre á las de Dios; y por eso á él se ha de pedir con toda humildad esta luz para entrar en este santuario. Y el que esta luz tuviere, hallará en esta sagrada Pasión su redempción, y en esta muerte la vida, en estas ignominias la verdadera honra, y entre estas amarguras, deleites de inestimable suavidad; y finalmente en este misterio, que el mundo ciego tuvo por locura y flaqueza (b), hallará todos los tesoros de la sabiduría y bondad divina, como adelante se mostrará. Todo esto conocerá ser verdad quien tuviere la luz y disposición que para contemplar este misterio se requiere. Teniala Sant Buenaventura, que fué devotísimo de la sagrada Pasión. Y así dice él de sí mismo estas muy devotas palabras (c): Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corría me cegó la vis-

(a) Exod. 3. (b) 1. Cor. 1. (c) In stimulo amoris.

ta; y despues que ninguna otra cosa pude ver sino sangre, atentando llegué á sus piadosas entrañas; en las cuales moro, y de sus dulces manjares me sustento, y he gran miedo de salir desta tan deleitable morada, y perder la consolación en que vivo. Mas confío en él que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas volveré á entrar, cuando dellas saliere. ¡Oh cuán buena cosa es estar con Cristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas, una en los piés, y otra en las manos, y otra en su sagrado costado. Allí hablaré á su corazón, y otorgarme ha todo lo que le pidiere. Y luego mas abajo añade y dice que es tan grande la consolación y suavidad que las ánimas devotas reciben en la contemplación deste misterio, que hasta la carne (que de sí no gusta de las cosas espirituales) viene á recibir tan grande sabor y consolación en este ejercicio, que si alguna vez la necesidad de la caridad ó de la obediencia obliga al hombre á desistir de aquel ejercicio, le pesa á la misma carne, porque la apartan de cosa que ella tanto gustaba; y entonces entiende con cuánta razón dijo el Profeta (d): Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Este es pues uno de los frutos (entre otros muchos) de que gozarán los que en esta sancta meditación se ejercitaren, si se dispusieron para esto con puro y devoto corazón.

Aristóteles dice que no están dispuestos los mancebos (en quien están aun muy vivas las pasiones) para oír la doctrina de las virtudes que sirven para moderar esas mismas pasiones. Pues si para oír la doctrina de las virtudes morales, que se alcanzan por razón natural, se requiere particular disposición, ¿qué será necesario para tratar del mas alto de los misterios de nuestra fe, y mas levantado sobre toda razón? Esta obra pues que á juicio del mundo loco fué tenida por ignominiosa, es la mas gloriosa de cuantas Dios ha hecho, y la que por excelencia se llama la obra de Dios. Antes digo que si juntáremos en una parte todas las obras que la magnificencia de Dios tiene hechas y hará hasta el fin del mundo, y cuantas mas puede hacer, y las comparáremos con sola esta de nuestra redempción, no resplandescen mas delante della, que una pequeña estrella ante el sol de mediodía. Porque todas estas obras, así hechas como por hacer, no le cuestan á nuestro Señor Dios mas que un solo *quiero*, y con solo este, según el parecer de Sant Augustin (e), crió en un punto esta tan grande máquina del mundo, con todo cuanto hay en él: ni por razón desta fábrica se abajó á hacer cosa que pareciese indigna de su majestad. Mas en la obra de nuestra redempción, ¿cuántos años se gastaron? cuántos trabajos se pasaron? cuántas injurias? cuántos escarnios? cuántos azotes, y dolores, y cruces se padescieron? á cuánta humildad y bajeza, y á cuántas obras tan ajenas de la naturaleza divina se abajó el Hijo de Dios, pues descendió á nacer en un establo entre dos animales, y á morir en una Cruz entre dos ladrones, y á lavar los piés de

(d) Psalm. 85. (e) De Genesi ad litteram lib. 5. cap. 23. et lib. 6. cap. 5. tom. 3.

Júdas, y ser tenido en ménos que Barrabas? Pues ¿qué comparacion hay aquí entre las otras obras de Dios y esta, en que se gastaron tantos años, y en que se padecieron tantos dolores, y se recibieron tantas injurias? Callen pues todas las otras obras divinas, por altísimas que sean; calle la creacion de los querubines y serafines, y de todos los coros de los ángeles, en presencia de la gloria de la Cruz.

Y esto nos declaró el mismo Señor por el profeta Esaiás, cuando dijo (f): No os acordéis de las cosas pasadas, ni penseis en las cosas antiguas; porque yo haré otras nuevas que luego veréis, las cuales harán que se echen en olvido todas las pasadas. Y el mismo Salvador, con guardar toda la vida una singular humildad y modestia cuando hablaba de sí mismo y de sus cosas; pero cuando se ofreció tratar del misterio de su venida, la engrandesció con un summo encarescimiento. Porque dando voces los niños en el templo el día de los ramos, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, y indignándose los fariseos desta alabanza, le dijeron: ¿No oyes lo que estos dicen? A los cuales eptre otras palabras él respondió (g): En verdad os digo que si estos callaren, las piedras clamaran. Con las cuales palabras declaró la alteza deste misterio y la grandeza deste beneficio; pues él era tal que hasta las piedras insensibles lo habian de predicar. Y así lo hicieron al tiempo que el Salvador padecía, pues se hicieron pedazos. En lo cual quiso tambien este Señor condenar la insensibilidad y dureza de muchos malos cristianos, que ni se compadescen del que tales cosas por ellos padeció, ni aman á quien tanto amor en esta obra les mostró, ni aborrescen el pecado, por cuyo odio y remedio tales cosas padeció.

Y es tanto lo que el Salvador desea que sus especiales amigos sientan algo de los dolores que padeció, que demas de haber querido que la Virgen sanctísima se hallase presente al pié de la Cruz, y fuese con él su ánima crucificada, á otros muchos siervos suyos ha dado á sentir los dolores de sus llagas, como leemos en las historias de los sanctos pasados, y aun habemos visto en nuestros tiempos, aunque esto está guardado para los ojos de Dios. De modo que no contento con el conocimiento que desto nos dan las sanctas Escrituras, quiere tambien que por la experiencia de sus dolores sientan algo de lo que él por ellos sufrió. Con lo cual callando les dice: Mira lo que por tí padesci, mira cuánto te amé, mira por cuán caro precio te compré, mira cuánto me debes. En lo cual parece decir aquellas palabras del Profeta (h): Deshice tus maldades, como se deshace una nube, y quité de tí la niebla oscura de tus pecados. Por tanto vuélvete á mí, pues yo te redemí. Esta es pues la primera sentencia que presuponemos en esta materia.

La segunda es afirmar, que aunque nuestro Señor pudiera remediar al hombre caído, por muchos otros medios, mas ninguno habia mas excelente que este, ni mas proporcionado y mas conveniente, así para la gloria de Dios, como para la salud y remedio del hombre, y señaladamente para que en esta obra se hallasen aquellas dos virtudes con que nuestro Señor acompaña todas sus obras, que son misericordia y justicia; las cuales aunque al parecer sean contrarias, aquí se hallan perfectísimamente juntas, como adelante se verá.

Mas al fin deste preámbulo advierto que aunque todo

(f) Esai. 45. (g) Luc. 19. (h) Esai. 44.

lo que aquí escribimos de la grandeza de la bondad y caridad de nuestro Salvador, y de la acerbidad de los dolores y injurias que por nuestro remedio padeció, se ordene á mover nuestros corazones al amor deste Señor, y á la compasion de sus dolores, y al agradecimiento deste summo beneficio, y á la admiracion desta tan grande bondad y caridad; mas no basta todo cuanto acerca desta materia se escribe para despertar y encender en nosotros estos afectos y sentimientos, si el mismo Señor que nos redimió, no nos los da. Porque aunque él padeció por todos, pero no á todos da el sentimiento de lo que por ellos padeció. Por donde así como tratando de las excelencias de la fe, dijimos que no basta lo que dellas se escribe para confirmarnos en ella, si no pedimos á nuestro Señor particular luz y favor para esto, por ser la fe don de Dios; así decimos que no ménos es don especial del mismo Dios tener estos piadosos y devotos afectos en la sagrada Pasion. Por lo cual no basta la lición seca de lo que aquí se escribe, si no la acompañamos con esta humilde y devota oracion, suplicando á nuestro Señor cumpla con nosotros lo que nos promete por el profeta Ezequiel (i): esto es, que nos quitará el corazon de piedra, y nos dará corazon de carne, para que con este sintamos algo de lo que este Señor por nuestra causa padeció.

#### CAPITULO II.

De la semejanza que hay entre la obra de la redempcion y de la creacion.

Para mayor inteligencia deste soberano misterio de nuestra redempcion, es de saber que todas las obras de nuestro Señor (y señaladamente esta, que es la mayor de todas) están ordenadas con summa sabiduría y consejo. Y la principal orden que en ellas hay, es que por la via que proceden las obras de naturaleza, sean tambien guiadas las de gracia. Porque como las unas y las otras sean obras suyas, y ambas ellas sean hermanas y hijas de un mismo padre (que es Dios), justo es que tengan semejanza entre sí, y se parezcan las unas con las otras. Y esta manera de filosofar señaladamente siguió el sancto doctor en todas sus escrituras. Pues para esto habemos de imaginar dos mundos en este mundo: uno natural, que es este que vemos, con todas las cosas que hay en él; y otro sobrenatural, que es la Iglesia católica, con todos los misterios y sacramentos que hay en ella. Veamos pues de la manera que procedió nuestro Señor en la fábrica deste mundo natural, y por ahí entenderemos la que siguió en la del mundo sobrenatural.

Aquella explicó brevemente Boecio por estas palabras:

*Pulchrum pulcherrimus ipse  
Mundum mente gerens, similique imagine formans.*

En las cuales palabras significa que aquel hermosísimo Señor, que es fuente de toda hermosura, trazó y concibió en su divino entendimiento la imágen perfectísima deste mundo; y conforme á ella, como á un perfectísimo modelo, lo crió y sacó á luz. Y porque en este mundo (demas dél) hubiese un príncipe y gobernador de quien todas las cosas pendiesen, crió el primero de los cielos (comenzando dende lo alto), que llaman el primer móvile, y junto con él un ángel nobilísimo que lo mueve con increíble lijereza (pues en espacio de un día natural

(i) Ezech. 36.

da una vuelta á todo el mundo), y este cuerpo así móvile es causa de cuantos otros movimientos, alteraciones y generaciones hay en la tierra; y esto con tan gran dependencia, que si este movimiento parase, todos los otros pararian, de tal modo que no quemaria el fuego un poco de estopa que estuviese par dél. Porque así como parando la primera rueda de un reloj pararian todas las otras que penden del movimiento desta, así parando la rueda de aquel primer cielo, todos los otros movimientos que dél penden, cesarian.

Pues conforme á esta orden decimos que procedió nuestro Señor en la fábrica del mundo sobrenatural, que es la Iglesia católica. Porque como él sea sanctísimo, trazó y concibió en su divino entendimiento este mundo sobrenatural, que es una hermosísima congregacion de todos los fieles; y señaladamente de innumerables justos, y una nueva república, y nuevo reino; el cual, como dice el Apóstol (a), entregará el Hijo de Dios al Padre en el fin del mundo, despues que fuere cumplido el número de los escogidos. Esta gloriosa compañía fué mostrada en espíritu á Sant Juan en su revelacion, donde dice (b) que vió una compañía tan grande, que nadie la pudiera contar; la cual habia sido recogida de todas las naciones, y linajes, y pueblos, y lenguas del mundo; los cuales todos estaban ante el trono de Dios, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos. Este es pues el mundo sobrenatural que Dios ab eterno concibió para criar en el tiempo que le plugo; que es la congregacion innumerable de todos los escogidos, dende el primero que hubo en el mundo, hasta el postrero que ha de nacer. Este es pues el mundo sobrenatural que decimos; el cual es tanto mas excelente que el otro, cuanto se ordena á mas alto fin. Porque el fin de aquel es conservar las cosas en el sér de naturaleza; mas el deste es levantarlas al sér sobrenatural de gracia, que es sér divino. Y como Dios crió aquel primer mundo en seis dias, así ha de producir este en las seis edades del mundo, las cuales se acaban el día del juicio final.

Y así como en aquel primer mundo puso el Criador por principio y causa de todas las obras naturales el movimiento del primer cielo con el ángel que lo mueve: así era razon que pudiese en este mundo sobrenatural otro primer principio y movedor de todas las obras sobrenaturales, que son todas las obras virtuosas y sanctas. Porque no era razon que este segundo mundo careciese de gobernador, ni este nuevo reino de rey, ni este cuerpo místico de cabeza que influyese su virtud sobrenatural en todos los miembros dél. Pero cuanto este segundo mundo es mas excelente que el primero, tanto mas excelente convenia que fuese el presidente y gobernador dél. Y conforme á esta dignidad le fué señalado por rey, y gobernador, y cabeza el mismo Hijo de Dios. Ni podia ser otro mas proporcionado, ni mas conveniente que él. Porque ¿quién habia de ser bastante para influir espíritu de sanctidad y gracia en todos los miembros deste cuerpo místico (que son innumerables), sino quien tuviese virtud infinita, cual era la del Hijo de Dios? Item, como sea verdad que en aquella soberana ciudad (donde Dios mora con todos sus escogidos) no pueda entrar cosa sucia y contaminada con pecados (como nos lo representan aquellas vestiduras blancas con que Sant Juan vió vestidos á todos los escogidos), y sea verdad que todos los hombres estén amanci-

(a) 1. Cor. 15. (b) Apoc. 7.

llados con infinitos pecados, así originales como actuales, ¿quién habia de ser poderoso para purgar tanta infinidad de males, sino quien tuviese esta virtud infinita, que era el mismo Hijo de Dios?

Conformando pues agora esta traza de la obra de la redempcion con la de la creacion que al principio propusimos, digo que así como en esta obra de la creacion ponemos por causa de todas las obras naturales el movimiento del primer cielo, y la inteligencia que lo mueve, y se sirve dél como de instrumento universal para todas las obras naturales; así en la obra de la redempcion el Hijo de Dios es el autor y causa eficiente de nuestra salud, y su sagrada humanidad (á manera del primer cielo) es el instrumento general deste Señor. Porque (como dice Cirilo) el Verbo divino (que es el autor y dador de la vida) juntando consigo la carne humana, le comunicó esta virtud: que ella tambien, como instrumento conjuncto dél, fuese dadora de vida.

De lo que está dicho se infiere, como dijimos, que todos los movimientos y alteraciones deste mundo inferior, de cualquier condicion que sean, penden del movimiento del primer cielo; así entendemos que en el mundo que aquí habemos figurado, de tal manera penden todas las obras virtuosas y sanctas de la gracia y méritos desta sagrada humanidad (que comparamos con el primer cielo), que ningun buen propósito, ni deseo, ni gemido, ni obra ó palabra que sea agradable á Dios, puede haber que no nos venga por los méritos y gracia deste Señor. Para que por aquí entendamos que todos los bienes nos vienen por él, y que á él los habemos de agradecer, y á él, y por él los habemos de pedir, y á él nos habemos de acoger en todas nuestras necesidades, y en él habemos de poner toda nuestra confianza, nuestro amor, nuestra felicidad, y todos nuestros cuidados y pensamientos, y tener por perdido el tiempo que no gastáremos con él, ó por él.

#### CAPITULO III.

De la commun dolencia y caída del género humano.

Comenzando á tratar en particular deste inefable misterio de nuestra redempcion, habemos de presuponer que ella fué remedio y medicina de la commun caída y dolencia del género humano, y señaladamente del pecado original con que la naturaleza humana quedó pervertida y lisiada. Y porque no se puede conocer bien la eficacia de la medicina, sino conocida la malicia de la dolencia, trataremos primero de la dolencia, y luego de la medicina. Para lo cual será necesario tomar este negocio de sus primeros principios.

Para la inteligencia desta doctrina habemos de tomar por fundamento la inmensa bondad de nuestro Señor Dios, que es el principio de todas sus obras, y mucho mas lo es desta, que por excelencia se llama la obra de Dios. Pues como sea proprio de la bondad ser comunicativa de sí misma, y de los bienes que tiene, de aquí se infiere que á la summa bondad (cual es la divina) conviene summa comunicacion. Por tanto, no contento él con haber comunicado á sus criaturas el sér que tienen, con todo lo necesario para la conservacion deste sér, pasó tan adelante la grandeza de su magnificencia, que no contento con la comunicacion de los bienes criados, quiso tambien comunicar los increados, que es la comunicacion y participacion de su misma bienaventuranza y gloria. Para lo cual crió dos órdenes

de criaturas nobilísimas y capaces desta tan grande gloria; unas puramente espirituales, como son los ángeles, y otras espirituales y corporales, como son los hombres. Los cuales aunque son criaturas muy bajas en comparación de los ángeles, mas en la dignidad deste fin tan glorioso son iguales á ellos.

Mas dejemos agora los ángeles (que no hacen á nuestro propósito), y tomemos al hombre, al cual crió Dios para el fin susodicho. Y porque las obras de Dios son perfectas y ordenadas con summa sabiduría, como crió al hombre para tan alto fin, así le proveyó de todas las perfecciones y gracias que para tal dignidad se requieran. Porque primeramente le infundió su gracia con los hábitos de todas las virtudes que della proceden, para que con la gracia fuese su ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, y con las virtudes estuviere hábil y dispuesta para bien obrar. Y no contento con esto, criólo con la justicia original, que fué como una corona real, con que le dió señorío sobre todos los animales, para que todos le obedeciesen; y sobre la muerte, y sobre todas las enfermedades que abren camino para ella (y lo que es mas), dióle señorío sobre todos los apetitos y deseos de su carne; los cuales en aquel dichoso estado obedecían á la voluntad con tanta facilidad, como le obedecían agora los miembros cuando los quieren menear; advirtiéndole que siendo él fiel y obediente (a), gozaria de todas estas gracias y privilegios, así él como todos sus descendientes; y no lo siendo, así él como todos ellos los perderían.

Entonces el demonio, como enemigo de Dios, con rabiosa invidia que contra el hombre concibió, por haber de suceder en el lugar que él perdió, procuró engañar á la mujer, y por ella pervertir al hombre, y hacerle quebrantar el mandamiento divino (b). Por el cual pecado perdieron ambos la gracia y virtudes que de Dios habian recebido, y con ellas el señorío que de todas las cosas les habia dado, y señaladamente el que tenían sobre su carne con todos sus apetitos. Y así luego conocieron su desnudez, y hubieron vergüenza el uno del otro, y cubrieron sus partes naturales con hojas de árboles; porque comenzaron luego á sentir la pena de su pecado.

Pues tal cual el hombre por el pecado quedó, tales nos engendró á todos (c), mortal á mortales, enfermo á enfermos, miserable á miserables, mal inclinado á mal inclinados, pecador á pecadores, y subjectos al demonio, á quien él se subjectó; y finalmente, desnudo á desnudos, no tanto de la ropa, cuanto de justicia y gracia.

Ni es maravilla que los hijos deste primer hombre nazcan privados de aquella gracia y justicia original que él perdió; porque así como el caballero que comete una traición contra su rey, pierde el estado y mayorazgo que tenia, y por él lo pierden todos sus descendientes, como hijos de traidor; así cometiendo el primer hombre aquella traición de levantarse contra Dios, él perdió aquella grande dignidad que habia recebido, y nosotros la perdimos por él. Este es pues el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado.

(a) Gen. 2. (b) Gen. 3. (c) Aug. in Ps. 152. Non longé á fine.

## §. I.

Desórden del amor proprio que se siguió del pecado, y ejército de apetitos que dél nacen.

Pues de la privación desta dignidad (que es, destes privilegios y gracias que el hombre perdió pecando) nasce otro grande mal. El cual es, que siendo razon que la criatura amase mas á su Criador que á sí misma, y que á todas las cosas (como vemos que los miembros aman mas á su cabeza que á sí mismos, y así se ponen á ser cortados por ella), mas no es así; ántes nascen todos los hombres con un torcimiento, y una grande lision y monstruosidad; que es con una inclinacion habitual de amar mas á sí y á todas sus cosas que á Dios. De manera que nacen vueltas las espaldas á Dios, y convertidos á sí mismos por este amor tan desordenado que se tienen. Y este torcimiento y desórden (que procede de la pérdida susodicha) es lo que los teólogos llaman pecado original, en el cual todos somos concebidos. Lo cual se nos declara en el capítulo xxv del sancto Job. Porque donde nuestro texto dice que no será limpio el que nace de mujer, los setenta trasladaron diciendo que nadie está limpio de pecado, aunque sea un niño recién nacido de un día. Y lo mismo alegó el Profeta real para aliviar la culpa del pecado que habia cometido, diciendo (d): Mirad, Señor, que en maldades fuí concebido, y en pecados me concibió mi madre. Y llama aquí pecados al pecado original, porque aunque él sea un pecado en acto, es todos los pecados en potencia (e); porque de la mala raíz deste amor desordenado nascen todos los pecados; porque ningun pecado hay que originalmente no nazca deste mal amor. Porque los hombres no pecan de balde, sino por algun interese ó deleite que este mal amor pretende. En lo cual se ve cuánta necesidad tienen todos los hombres del favor de la divina gracia para no pecar; como lo significó el sancto Job, cuando dijo (f): ¿Quién, Señor, puede hacer pura y limpia una criatura concebida de masa sucia, sino solo vos?

Esta es pues la dolencia commun del género humano. Y que sea ella verdadera y grave dolencia, se conoce por la dificultad que sentimos en hacer las obras que son conformes á nuestra naturaleza. Porque vemos que cuando una ave no puede volar, ni un peisce nadar, ni un caballo correr, ó á lo ménos que hacen esto con dificultad, entendemos que tienen alguna dolencia que les impide estos oficios y obras, que son tan propias y naturales. Pues muy mas proprio y natural es á la criatura racional vivir por razon (que es vivir conforme á ley de virtud), y vemos cuán pocos y cuán contados son aun entre cristianos los que desta manera viven. Pues ¿quién no verá por aquí que está doliente la criatura que no puede hacer, ó hace con grande dificultad lo que es tan proprio y tan conforme á su naturaleza? Item, ¿qué cosa hay mas justa, ni mas obligatoria, ni mas conforme á toda ley de naturaleza, que honrar, servir y amar sobre todas las cosas aquel soberano Señor de todo este universo, en quien vivimos, y nos movemos, y somos, y sin cuya virtud no podriamos ni abrir la boca ni respirar? Y con ser esto así, vemos que ninguna cosa ménos hacen los hombres del mundo que esta, que á todas las cosas habia de ser antepuesta con infinita ventaja. Pues ¿qué mayor indicio desta commun dolencia que

(d) Psal. 50. (e) D. Thom. 1. 2. quest. 82. art. 2. ad 1. Et D. August. Enchirid. ad Laurent. cap. 45. t. 3. (f) Job. 14.

este? Item, tiene el hombre anima y cuerpo: el cuerpo tiene commun con las bestias, y el ánima con los ángeles; y con ser tanta la ventaja de parte á parte, todos sus sentidos, y cuidados, y trabajos emplea en servicio y regalo del cuerpo, que mañana morirá; y ningun cuidado tiene de su ánima, que para siempre ha de vivir, ó en perpetua gloria, ó en perpetua pena. Pues ¿quién será tan ciego que por estos y otros semejantes desvarios no vea la corrupcion y dolencia espiritual de la naturaleza humana, pues falta en cosas tan propias, y tan naturales, y tan necesarias á su vida? Cuando vemos que una criatura con grande gusto come tierra, entendemos que está doliente, por tener apetito de manjar tan contrario á su naturaleza. Pues ¿qué cosa mas contraria y perjudicial á la naturaleza de la criatura racional, que el pecado, que es obra contra toda razon? Y pues vemos generalmente los hombres tan apetitosos deste manjar tan contrario á su naturaleza (pues apenas vemos otra cosa en el mundo sino pecados sobre pecados, y maldades sobre maldades), ¿quién no verá estar enferma la naturaleza que así apetece cosa que le es tan dañosa y tan contraria?

Mas el que quisiere entender de raiz la corrupcion de nuestra naturaleza, no la ha de considerar en los cristianos que tienen fe, ni en los hombres que viven debajo de superiores y de leyes (que no los dejan obrar lo que ellos quieren), sino en los monarcas del mundo, que no reconocen superior, ni hay quien resista á sus apetitos; y ahí verá muchos Sardanápalos, y Nerones, y Calígulas, y Heliogabalos, y Falárides y otros semejantes monstruos; y hallará entre ellos á Jerjes, rey de los persas, que juntó ejército de un cuento de hombres por tierra, y de tres mil navios por mar; y por haberle sucedido mal los negocios de la guerra, determinó entregarse á todo genero de carnalidades y deleites; y llegó á tan grande extremo de deshonestidad, que prometió cierto premio á quien le descubriese algun genero de lujuria mas delicioso que los que él usaba. Pues ¿quién no ve por estos y otros semejantes ejemplos cuán grande sea la corrupcion y dolencia de nuestra naturaleza?

Mas no haga nadie cargo al Criador desta dolencia. Porque el que es summamente perfecto y bueno, todas las cosas crió buenas y perfectas, cada cual en su genero. Y así acabándolas de criar, dice la Escritura (g) que vió todas las cosas que habia criado, y que eran no como quiera buenas, sino grandemente buenas. Mas el pecado y desobediencia del hombre, que deseó usurpar la semejanza de Dios, fué causa de que perdiese aquella rectitud natural y justicia con que Dios lo habia criado; y por él tambien la perdimos nosotros, como arriba está declarado. Dicen que si plantando una vid, le entremeten en la raiz un poco de escamonea, todas las uvas que lleva nacen escamoneadas, y así son dañosas como la misma escamonea. Desta manera pues podemos imaginar que la escamonea del pecado entró en aquel primer hombre (que era raiz y principio de todos los hombres), por donde el vicio y ponzoña que entró en la raiz (que era aquel commun padre) se extendió por todos los hijos. Conforme á lo cual dice Sant Augustin (h): Entónces se perdió el género humano, cuando pereció un hombre en quien estaba todo; porque tal cual él quedó, tales engendró á nosotros. Esta es ley commun de las gentes, que los hijos sigan la condicion de sus padres;

(g) Gen. 1. (h) De Verb. Apost. serm. 14. c. 14. 15. t. 10.

y así el hijo de nobles es noble, y el hijo del villano es villano, y el hijo de la madre libre es libre, y el de la esclava esclavo.

Perdida pues aquella gracia, la cual tenia enfrenadas todas nuestras inclinaciones y apetitos, faltando este freno, luego todos ellos, como caballo desbocado y desenfrenado, se desordenaron y rebelaron contra el espíritu, en castigo de haberse el hombre desmandado y rebelado contra su Criador.

## §. II.

Cómo la doctrina del pecado original sirve para declarar la necesidad del remedio de la Encarnacion y Pasion de nuestro Salvador.

Esta doctrina susodicha del pecado original, y de la corrupcion de la naturaleza humana que dél se siguió, es fundamento para entender el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, y la necesidad que teníamos deste remedio. Para lo cual se debe notar que de dos maneras de remedios habia usado la divina Providencia para la santificacion de los hombres: el uno en la ley de naturaleza, y el otro en la de Escritura; porque en aquella primera ley estaba impreso en los corazones de los hombres el conocimiento de lo bueno y de lo malo, con un dictamen que habian de seguir lo uno, y aborrescer lo otro. Asimismo imprimió en ellos una natural reverencia y amor para con Dios, como imprimió la misma reverencia y amor en los hijos para con sus padres. Y demas desta inclinacion natural que está dentro de nosotros, hay otra defuera (i); porque el sol, y la luna, y la hermosura de las estrellas, y el movimiento de los cielos, y la variedad de los tiempos, y la sucesion de las cosas, y finalmente todas las criaturas, están diciendo; Dios me hizo; y mas particularmente los animales con la fábrica de sus cuerpos tan perfecta, y con las habilidades que el Criador les dió para procurar su conservacion, nos incitan al amor y reverencia susodicha.

El fruto que desta ley natural se siguió en el mundo, fué que aunque algunos justos y sanctos hubo en ella, el castigo universal del Diluvio declara cuán pequeño era este número de los buenos, y cuán grande el de los malos (k).

Despues de esta ley proveyó nuestro Señor de otro mas eficaz remedio con la ley de Escritura, bajando él al monte Sinaí, y dando leyes escritas por su dedo (l), y espantando los hijos de Israel con la majestad y aparato de su presencia, y con las amenazas de sus castigos, y con promesas de sus beneficios (m). Y aunque aquí hubo mayor número de justos que en la ley de naturaleza; pero con todo esto se desmandaron tanto estos hombres en los vicios y en el culto de los ídolos, que así los diez tribus, como los dos que quedaban, fueron castigados con duro cautiverio (n).

Por lo dicho vemos cuán poco aprovecharon estos dos primeros remedios de que la divina Providencia usó para reformar las vidas de los hombres: de lo cual fué la causa esta mala raíz del pecado original con que la naturaleza humana fué estragada, segun habemos declarado.

Mas cuán grande haya sido el estrago y daño que nuestra naturaleza por este pecado recibió (no solamente en el cuerpo, sino mucho mas en el alma) no bastarian muchos libros para explicarlo. Mas entre todos los indi-

(i) D. Aug. Conf. lib. 10. c. 6. (k) Gen. 6. 7. (l) Exod. 19. etc. (m) Lev. 26. Deut. 28. (n) 4. Reg. 17. 23.

cios que para esto hay (demás de lo que está dicho) basta tender los ojos por todo el mundo, no solo por tierras de infieles y paganos (que viven como bestias siguiendo los apetitos de su carne), sino también por las ciudades y tierras de cristianos, que tienen fe, y sacramentos, y doctrina, y conocimiento de otra vida, y adoran un Dios que murió por matar el pecado y desterrarlo del mundo. Y con todo esto hallará ser tanta la muchedumbre de los malos, que en cada lugar se podrán contar por los dedos los hombres que viven en temor de Dios; y todo el resto dellos no trata más que de lo presente, que sirve para esta vida, y para el regalo de su carne, sin tener cuenta con Dios, ni con la salvación de sus ánimas, ni con cosa de la otra vida. Por lo cual dijo Salomón que era infinito el número de los locos (o).

Esto pues basta para entender cuán grande y cuán mortal haya sido aquella lanzada y dolencia del género humano, y cuán grande había de ser la medicina que fuese poderosa para curar un mal tan universal, tan antiguo, tan envejecido y tan arraigado en todos los senos y potencias de nuestra ánima, y tan confirmado con los malos ejemplos de todo el mundo. Y quien esto considerare, no extrañará el misterio de la Encarnación y Pasión del Hijo de Dios, y la medicina de los sacramentos; porque mal tan grande y tan extraordinario (ya que Dios por las entrañas de su misericordia quería curarlo), extraordinarios remedios pedía; pues ni aun con todo esto han cesado del todo los males.

Ni bastaba para esto la lumbre de naturaleza, ni la de la ley escrita (como ya dijimos); porque estas no hacían más que alumbrar el entendimiento con el conocimiento del bien y del mal: lo cual no bastaba, porque la principal parte de la dolencia más estaba en la desorden y rebeldía de nuestro apetito, que en la falta del conocimiento. Y por esto la medicina que se aplicaba al entendimiento no bastaba para curar la llaga de nuestra rebelde voluntad. Pues para la cura desta llaga mortal ninguna medicina había más eficaz que el misterio de la Encarnación y Pasión de nuestro Salvador, como luego se declarará.

## CAPITULO IV.

Del remedio desta dolencia, que fué la perfecta satisfacción y redempcion de Cristo.

Estando pues el hombre en este tan miserable estado, y pudiéndolo Dios dejar en él, no lo quiso hacer; sino usando de su infinita bondad y misericordia, determinó darle remedio, y así aquella summa bondad que lo movió á criarlo, le movió á remediarlo, y esto por la más alta manera que podía haber. Porque este fundamento se ha de presuponer así en esta obra de Dios como en todas las demás, que communmente no trata él de lo que podría hacer de su poder absoluto, sino de lo que conviene á la rectitud y orden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia, para que todas sus obras sean perfectas, como él lo es. Lo cual señaladamente guardó en esta obra de nuestra redempcion, por ser esta la más excelente de todas. Y con esto se responde á las preguntas que los hombres ignorantes suelen hacer acerca deste misterio, diciendo: ¿no pudiera Dios remediar al hombre por otros medios, sin tanta sangre y tanta costa suya? A esto fácilmente respondemos que lo pu-

(o) Ecl. 1.

diera hacer; mas (como está dicho) nunca mira él á lo que puede, sino á lo que conviene á la rectitud y orden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia.

Para cuyo entendimiento se ha de presuponer lo que en otras partes está dicho: conviene saber, que nuestro Señor en todas sus obras pretende dos cosas, que son gloria suya y provecho del hombre. De donde se concluye que la obra de Dios en que estas dos cosas más perfectamente se hallaren, esa será más propia y más digna del. Pues esto es lo que con su favor y ayuda trataremos en esta tercera parte, declarando cómo en esta obra de nuestra redempcion se hallan más perfectamente estas dos cosas, que en cuantas hasta hoy tiene hechas y puede hacer. Y primero trataremos de lo que toca á la gloria de Dios (como cosa más principal), y después de lo que pertenece al provecho del hombre. Mas de tal manera probaremos esto, que á vueltas dello trataremos de lo que sirve para despertar nuestra devoción y amor deste clementísimo Redemptor.

## §. I.

Cómo proveyó nuestro Redemptor perfectísimamente por este misterio á la gloria de su eterno Padre.

Comenzando pues por la primera cosa (que es lo que toca á la gloria de Dios), convenia para esto satisfacer en todo rigor de justicia á la Majestad ofendida por los pecados de todos los siglos, presentes, pasados y venideros, así actuales como originales; los cuales cuanto es de parte de la especie humana, no repugna ser infinitos; y lo que más es, cada pecado mortal es de gravedad infinita, por ser ofensa hecha contra Majestad infinita: pues nos consta que cuanto la persona ofendida es de mayor dignidad, tanto la ofensa es de mayor gravedad.

Pues ¿quién había de ser poderoso para satisfacer á la Majestad ofendida con tan gran número de ofensas, y todas de gravedad infinita? Claro está que el miserable hombre no era poderoso para satisfacer en rigor de justicia por un solo pecado, cuanto más por tantos. Porque además de otras manquéras y defectos que en él había, estaba en desgracia y enemistad de Dios, y era, como el Apóstol dice (a), hijo de ira; y de tales personas no acepta Dios servicio ni sacrificio, como no aceptó el de Caín porque estaba en su desgracia (b).

Tampoco ni podía ni debía satisfacer algún ángel, por muchas razones. Porque primeramente no era cosa decente que la culpa fuese de una naturaleza, que era la humana, y la satisfacción de otra, que era la angélica. Y demás desto el ángel es criatura, cuya virtud es limitada y finita, y es también persona particular; y por ambas causas no puede por tela de justicia satisfacer por deuda universal, y tantas veces infinita. Y sobre todo esto ya que él pudiera satisfacer y redimir al hombre, no era razón que quitase Dios esta gloria de sí, y la diese á una criatura. Porque como él sea dador de todo nuestro bien, á él quiso que lo debiésemos todo, y lo amásemos por todo: conforme á lo cual se celebra aquella sentencia de Sant Anselmo que dice: Porque no repartiésemos el amor entre Criador y Redemptor, el mismo Señor quiso ser tu Criador y tu Redemptor.

Tenemos pues aquí declarado cómo ni el hombre ni el ángel podían descargar esta deuda. Por donde siendo la deuda (como está dicho) infinita, necesario es que la paga y satisfacción sea también infinita, para que haya

(a) Ephes. 2. (b) Gen. 4.

proporción entre lo uno y lo otro; porque de otra manera no se guardaría rectitud y orden de justicia; es luego para esto necesaria virtud infinita. Pero esta no se halla en las criaturas, sino en solo el Criador, mas este ni puede satisfacer ni merecer; porque estas son obras de otra naturaleza inferior, cual es la del hombre. Pues ¿qué remedio, Señor, para que por términos de justicia sea el hombre redimido? ¿Dónde halláremos remedio para esta dificultad, pues ni en el cielo ni en la tierra (esto es, ni en los ángeles ni en los hombres) lo hallamos?

Donde faltó el remedio de las criaturas, no faltó el del Criador, á quien ninguna cosa es imposible. El pues halló medio para esta tan grande dificultad; y el medio fué digno de su infinita sabiduría, é inmensa bondad y misericordia; y este fué juntar nuestra humanidad con el Verbo divino en un mismo supuesto; para que dél se comunicase á la naturaleza humana virtud y gracia infinita para satisfacer por deuda infinita, cual era la nuestra. De modo que de la una naturaleza se tomó el poder merecer y satisfacer; de la otra el causal de la gracia para poder perfectamente satisfacer, y por esta vía la satisfacción fué perfectísima y plenísima en todo rigor de justicia, por la dignidad infinita de la persona que satisfacía. Y con ser tan perfecta la justicia, no fué menor la misericordia; porque todo lo que pagó y mereció el Hijo, se comunicó de pura gracia al siervo; y así se hallan en esta obra justicia y misericordia en summo grado de perfección; lo cual por otra vía no se podía hallar. Porque si Dios perdonara de pura gracia, hubiera aquí misericordia, mas no justicia; pues tan grandes ofensas quedaban sin castigo. Pero si las castigara como lo merecían, no quedaba lugar á la misericordia; mas por este camino se halló medio para que estas dos hermanas y compañeras perpetuas de todas las obras divinas se hallasen juntas, encargándose por su inmensa caridad el Hijo de Dios de la justicia, y ofreciendo al siervo la misericordia. Y desta manera quedó Dios perfectamente satisfecho y honrado, y el hombre á costa ajena copiosamente redimido y librado.

Pues desta misericordiosa unión de las dos naturalezas divina y humana procedió esta perfecta satisfacción. Porque el pobre hombre debía, y no tenía con qué pagar; Dios podía pagar, mas ni debía ni podía satisfacer; pero haciéndose Dios hombre, en él tenemos deudor y pagador; pues el hombre debe, y Dios le comunica su virtud para que pague. Y desta manera en la misma naturaleza humana en que se cometió la culpa, se halla el remedio y medicina della, y el hombre con esto queda más honrado; porque si hombre fué el que pecó, hombre también fué el que nos redimió.

## §. II.

Admirable proporción que halló la divina sabiduría en este misterio entre la satisfacción y la culpa, saqueando al demonio por vía de justicia.

En esta manera de remedio, demás de lo dicho, resplandescen maravillosamente la orden de la sabiduría y justicia divina; porque ordenó ella que por el camino que entraron nuestros males, entrasen también nuestros bienes; y que como el pecado y la muerte vinieron por culpa de uno, así la justicia y la vida viniesen por la sanctidad de otro. Porque no era razón que fuese de menor eficacia la sanctidad para remediar, que la culpa para dañar; ni que fuese menor el reino de la misericor-

dia que el de la justicia; y pues la justicia se extendió á condenar á muchos por la culpa de uno, se extendiese también la misericordia á salvar á muchos por la sanctidad de otro.

Ni faltan aquí otras admirables conveniencias, por las cuales se ve con cuánta orden de justicia fué el pecado descargado, y el hombre redimido. Porque así como la soberbia de aquel primer hombre, que siendo puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios, nos condenó á todos; así la humildad de otro hombre, que siendo verdadero Dios, se abajó á tomar la naturaleza de hombre, nos hiciese (cuanto es de su parte) salvos á todos. Porque no era posible hallarse humildad que tan derechamente se contrapusiese á aquella soberbia, que esta. Asimismo como la desobediencia de aquel hombre que estando por ley de naturaleza sujeto á Dios, se eximió della, nos dañó á todos; así la obediencia deste segundo hombre, que por esa misma ley estaba exempto de toda subjección, ganase el perdón y la justificación para todos; y, según dice el Apóstol (c), como por aquella desobediencia se hicieron muchos pecadores, así por esta obediencia se levantarían muchos justos.

Desta manera pues ordenó la divina sabiduría que hubiese esta maravillosa proporción y correspondencia entre la satisfacción y la culpa. Lo cual elegantemente declara Eusebio Emiseno en una homilía de la Pascua, donde hablando en persona del mismo Redemptor dice así: Extendió su mano atrevida el hombre desobediente al árbol vedado; extendamos nosotros nuestras inocentes manos en el árbol de la Cruz. Por medio del madero se cometió la culpa; por medio de otro madero sea quitada. Pecó el hombre cebado con la suavidad del árbol que le era prohibido; páguese la culpa desto con la hiel y vinagre que se bebió por ella. Está el hombre condenado por la culpa de la soberbia, por la cual pretendió usurpar la semejanza de Dios; pues para esto humillésemos nuestra divinidad por la culpa de aquella soberbia, y ofrézcase la Majestad por el crimen cometido contra esa Majestad. Sobre todo esto, el hombre es deudor de muerte, y esta deuda conviene que se pague. Para esto tomáremos naturaleza mortal, y ofreceremos nuestra muerte por esta muerte. Y porque el demonio no tenga que alegrar contra su captivo, él extenderá sus manos malvadas en el árbol de la vida, para que por dos títulos quede el hombre redimido; esto es, por la sangre del Crucificado, y por la maldad del demonio que la muerte le procuró. Desta manera por medio de nuestra pasión quedará el demonio condenado, y el hombre por ella misma libre. Hasta aquí son palabras de Eusebio; en las cuales, demás de las otras singulares conveniencias, vemos esta: que es haber sido el hombre librado del demonio, no solo por el poder de Cristo, sino también por título de justicia; y que como él venció al hombre por engaño, así él también fuese engañado. Para lo cual es de saber que como Dios concedió al hombre comer de todos los árboles del paraíso, excepto uno, así permitió al demonio que llevase todos los hombres concebidos en pecado á su reino. Mas como esta licencia se le diera por el pecado, quedaba exempto della quien fuese libre del pecado. Mas el demonio viendo á Cristo sujeto á penalidades y muerte (que nos vinieron por el pecado) creyó que él también era pecador como los otros; y así le procuró la muerte. Y porque procuró la muerte al hombre

(c) Rom. 5.